

nombre, y me pidió permiso, que le otorgué gustosísimo, para tratarme con la confianza de antiguo é íntimo amigo de la familia.

—¿Dónde anda el poeta? preguntó Francisco á la señora con no poca admiración mia, pues si yo habia adivinado que por allí habia poetas de los que cantan «para dentro», ni por el pensamiento me habia pasado que los hubiese de los que «cantan para fuera.»

—El poeta, contestó Mari-Santa sonriendo, esta tarde, como otras, habrá pasado...

—El Helesponto para ver á Hero, ¿no es verdad? la interrumpió Francisco.

—No, señor, la ría para ver á Rosita, replicó Mari-Santa. Señor D. Francisco, no nos venga V. aquí con historias de paganos, que aquí somos cristianos puros, y llamamos al pan pan, y al vino vino, diciendo como D. Antonio en cierto librito que por acá nos sabemos de memoria:

Por San Juan y San Pedro,
¿somos paganos?
Hable V. como se habla
entre cristianos!

Y á propósito de poetas, tengo que pedir á D. Antonio un gran favor, y es el de que se venga por aquí cualquier día de estos, porque tengo que consultar con él un caso muy grave...

—¿De conciencia? preguntó Francisco.

—Sí, señor, de conciencia.

—¿Y para cuando somos los directores espirituales?

—Para cuando la consulta no es á propósito de poetas.

—Pues, señora, me tendrá V. por aquí cualquiera tarde de estas.

—No, mejor es que sea cualquiera mañana para que tengamos el gusto de que nos acompañe V. todo el día.

—El gusto será mio.

—Hablemos claro, D. Antonio, el gusto será de todos.

Anochecia ya, y despidiéndonos de Mari-Santa continuamos camino de la villa.

—Explicame, dije á Francisco, tu emboscada.

—Te la explicaré, porque lo prometido es deuda.

V.

EXPLICACIONES.

—Me parece, continuó Francisco, que te he hecho un bien muy grande, y aún que se le he hecho á la buena literatura (pues yo tengo por buena no precisamente la más sábia sino la más sana) con la emboscada cuyo inmediato resultado ha sido relacionarte con la familia de D. Juan de Gorostiza, que así se llama el aburrido pero excelente esposo de Doña Mari-Santa, mi piadosa y buena hija de confesion.

—Ten la bondad de explicarme un poco más todo eso.

—Te lo explicaré. Creo que te he hecho un gran bien, porque con el trato y el estudio de la familia que acaba de ofrecerte su casa, creyéndola muy honrada con tu presencia, gozarás mucho y sentirás mucho consuelo tú que hallas tus mayores delicias en los hogares honrados;

y creo que he hecho un gran bien á la literatura, porque estoy seguro de que lo que has de ver y sentir en el hogar á cuya entrada te he llevado, te ha de inspirar un libro que si no ha de conmover y admirar al mundo científico y sabio, ha de deleitar y consolar á ese otro mundo de honrados y modestos ciudadanos, de humildes y santas madres de familia, de puras y candorosas doncellas, y de generosos mancebos que en el seno de la familia y el trabajo ven trascurrir su vida oscura y triste para el que los contempla desde la tierra, pero radiante y alegre para el que los contempla desde el cielo.

Maria-Santa ó Mari-Santa como familiarmente decimos aquí donde propendemos siempre á abreviar los nombres, y Mari-Rosa su hermana, difieren tanto entre sí, lo mismo en lo físico que en lo moral, que sólo el que conoció á sus padres puede explicárselo. Mari-Santa es la copia de su difunta madre, y Mari-Rosa es la copia de su difunto padre, en cuanto cabe serlo la mujer del hombre; la primera poco favorecida por la naturaleza en lo físico, es modelo de mujeres en lo moral. Tú has dicho que muchas mujeres llenan toda la casa por grande que la casa sea y chiquititas que sean ellas. Una de esas mujeres es Mari-Santa. Su entendimiento es grande, pero su corazón lo es aún mucho más, pues no teniendo nunca infortunios que llorar, ni compadecer, ni consolar, ni aliviar en su casa, sobre la que, como ella dice, parece que Dios derrama diariamente sus bendiciones, no tiene bastantes ojos, ni bastante boca, ni bastantes manos para llorar, compadecer, consolar y aliviar los infortunios ajenos que hace propios. Mari-

Rosa su hermana es lo contrario que ella, así en lo físico como en lo moral. Hermosa de cuerpo, es fea de entendimiento y casi fea de corazón, pues lejos de sentir y llorar y aliviar los infortunios ajenos, se burla de su hermana porque los siente y llora y alivia diciéndole que se parece al corregidor de Almagro que se murió de pena porque al alguacil le había sacado el sastre un chaleco corto. Para que el contraste sea completo entre una familia y otra, así como el marido de Mari-Santa se queja perpétuamente de que se aburre por no tener que hacer, el marido de Mari-Rosa se queja sin cesar de que se aburre por tener que hacer mucho.

Mari-Santa tiene un hijo de diez y siete años llamado Leandro, que á los ojos de su madre es un prodigio de bondad, de talento y hasta de belleza personal. Sus padres quieren dedicarle al comercio ó la industria, á cuyo efecto ha estudiado con mucho aprovechamiento; pero hé aquí que de la noche á la mañana se enamora de la hermosura, el candor y la gracia de una niña de Deusto, da en celebrarla en verso, con sus sueños de amor se confunden y mezclan sueños de gloria literaria, y se empeña en que ha de ir á Madrid á cultivar la literatura en vez de quedarse en Bilbao á cultivar el comercio. Sus padres, que ante todo desean su felicidad y que, honrándose á sí propio, honre á la familia, saben que la vida literaria es muy honrosa, pero no saben si es muy feliz. Para averiguarlo necesitan consultar á persona que la conozca prácticamente, y sabedores de tu venida á Bilbao y de la amistad que nos une, me habían suplicado que buscase medio de proporcionarles tu amistad y trato, á fin de

que á tu vez puedas proporcionarles la luz que les falta para encaminar á su querido hijo por la senda en que más pueda honrar á Dios, á sí propio y á su familia.

Aquí tienes, amigo Antonio, la explicacion de la emboscada á que te he conducido esta tarde.

— Léjos de estar ofendido por ella, estoy muy agradecido. ¿Tú conoces los ensayos literarios del muchacho?

— Algo de ellos conozco, porque ¿qué padres no hacen alarde de las habilidades de los hijos? Pero como no soy competente para apreciar su mérito, y mucho ménos para apreciar la dicha que puede esperarse de la vida literaria, espero que tú has de suplir mi incompetencia.

— Haré lo posible por no defraudar tu esperanza y la de esa buena familia.

Al llegar nuestra conversacion á este punto, subíamos la cuestecilla de Errecacoeche y dábamos vista al secular roble de Arbieta.

Este roble es dignísimo de que se le consagre un capitulito en este humilde libro, que no es ni quiere ser una novela sinounas memorias de algo de lo que ha sentido, y ha investigado, y ha pensado, y ha soñado su autor en torno de la populosa, y noble, y rica, y culta y heróica villa, sobre la cual lanza en estos instantes tempestades de fuego y plomo y hierro un príncipe á quien Dios perdone y la historia maldiga.

VI.

EL ROBLE DE ARBIETO.

Hay en Albia, barriada de la anteiglesia de Abando confinante con Bilbao, á cuya villa, con la razon del más fuerte y la aquiescencia de una mínima parte del noble, justo y patriótico pueblo bilbaíno, se ha anexionado la mejor parte de ella tomándose el pié y la mano por habérsele ofrecido justa y generosamente el pié que era lo único que necesitaba la satisfaccion de sus necesidades; hay en Albia un roble vulgarmente llamado ahora el árbol Gordo, y en otro tiempo el roble de Arbieta, porque era propiedad y estaba en la inmediacion de la casa solar de este apellido.

La historia de aquel árbol, que nadie se habia cuidado de averiguar ni narrar hasta que yo me tomé este trabajo, es muy curiosa.

A fines del siglo XII todavía no existia la villa de Bilbao, que se fundó un siglo despues en jurisdiccion de la república de Begoña, por el señor de Vizcaya D. Diego Lopez de Haro, y con consentimiento y placer de todos los vizcaínos y no con el de los monarcas castellanos que ninguna autoridad tenian entónces sobre Vizcaya.

A la república de Begoña pertenecian entónces ambas orillas del Ibaizábal. Como la interposicion del rio dificultase la asistencia de los habitantes de Abando á las iglesias del lado opuesto, que eran la de Santa María y la de San-

tiago, erigieron iglesia propia, si bien en el concepto de filial de la matriz de Santa María. Con el tiempo, y sobre todo con la fundacion de la villa de Bilbao, que vino á interponerse entre la matriz y la filial de Abando, ésta, cuyos feligreses se habian multiplicado mucho, fué haciéndose independiente, y el mismo ejemplo siguió en lo civil la poblacion correspondiente á ella aunque siglos despues todavía eran diezmeras de Begoña las casas antiguas de Abando.

El año 1190 se dijo la primera misa en la iglesia de San Vicente de Abando con mucho regocijo del vecindario; y para conmemorar tan fausto suceso y embellecer las cercanías del nuevo templo, aquel dia plantaron los vecinos dos hileras de robles en las dos principales avenidas del mismo.

En 1804 sólo existian ya dos de aquellos robles que contaban más de seis siglos. El uno estaba frente de la torre de Arbieto y el otro en una encrucijada á poco más de cien pasos al Este donde habia un humilladero ó ermita de Jesus crucificado.

Ambos eran enormes. Con motivo de una asonada popular que en el expresado año de 1804 hubo en aquella comarca y se designó con el nombre de la Zamacolada por haberla originado cuestiones en que intervenia un buen patricio apellidado Zamácola, bajaron tropas á Bilbao y derribaron, para cocer con su leña los ranchos, el roble de la encrucijada, cuya madera era tan dura que se la despedazó por medio de barrenos cargados de pólvora.

Del roble del Cristo tengo algunas noticias antiguas, pera las omito porque no es mi ánimo contar su historia,

sino la de su compañero el roble de Arbieto que aún subsiste.

En los siglos XIV y XV presenciaron aquellos árboles peleas muy porfiadas y sangrientas entre los bandos oneciño y gamboino, y en memoria de los banderizos que murieron en una de ellas al pié del roble de Arbieto, se puso en el tronco de éste una cruz de hierro que subsistió por mucho tiempo.

La república de Abando ha puesto cada vez más cuidado en la conservacion de aquel venerable roble, no sólo teniendo en cuenta su mucha antigüedad, sino tambien porque durante siglos se trataron á su sombra los asuntos del procomun, pues la cruz-parada de Abando solia celebrarse allí (1).

En un apeo de los bienes de la casa de Arbieto, verificado hace cerca de doscientos años, y cuyo testimonio original he leído, hay una partida que dice: «Item, el roble grande frontero de la torre, que está cercado de pared.»

Segun esta partida, hace cerca de doscientos años ya estaba guarnecido de pared aquel roble, ¡por temor de que se cayese de viejo!

Esta precaucion ha continuado hasta nuestros tiempos, y hace pocos años se le renovó la cerca á costa de la anteiglesia, cuyo digno alcalde era D. Faustino de

(1) La cruz-parada se reducía á esto: al salir la procesion durante la misa conventual, la cruz parroquial se detenía en determinado sitio, que solia ser bajo un árbol, y presidido por ella, trataba el vecindario los asuntos pertenecientes al procomun, tornando en seguida con la cruz á la parroquia.

Zugásti. El tronco está hueco, y para evitar que los muchachos penetrasen en él y encendiesen fuego que pudiera destruirle, se tapó con tabla el boquete por donde solían entrar. Un día corrió por la barriada la noticia de que el árbol Gordo estaba ardiendo, por haberle prendido fuego involuntariamente algunos muchachos que jugaban á *casitas* en la concavidad de su tronco, y todos los vecinos acudieron á apagar el incendio, y las mujeres lloraban como si sucediera una gran desgracia.

Poco más abajo del árbol de Arbieto, entre éste y la parroquia de San Vicente, estuvo el colegio ó Instituto de Vizcaya, hasta que se instaló en el magnífico edificio construido al efecto en Bilbao, hace treinta años, y el ilustre D. Alberto Lista, que honró á aquel establecimiento con su virtud y su ciencia como profesor, tenía gran afición al árbol de Arbieto, á cuya sombra se le veía estudiar, meditar y descansar de las fatigas de la cátedra.

Todavía subsiste en Bilbao un caballero que recuerda haber conversado allí con Lista, y haberle oído decir:

— Más poeta que los que hacemos versos y enseñamos á hacerlos, es el pueblo que sin cultura alguna del sentimiento poético tiene el suficiente para conservar, amar y respetar monumentos como éste que nos da sombra.

No debo omitir en este resumen de la historia del árbol de Arbieto una observación algo curiosa: aquel árbol, que cuenta más de seis siglos de existencia, es, quizás, el primero que se cubre de hoja en Vizcaya, por cuyo motivo solía decirme un amigo mío, cada vez que

me encontraba sentado en las gradas que le sostienen y rodean:

— ¡Qué afición tiene V. al viejo verde!

Las últimas noticias que recibo del pobre y venerable viejo son muy tristes, pues son las de que ha sido fusilado por los carlistas, aunque sin causarle grave detrimento. Agrupados y fortalecidos en torno suyo los defensores de la villa, multitud de balas de los sitiadores se han estrellado en el duro tronco del seis veces centenario roble.

VII.

LAS ESTAMPITAS.

Había anochecido ya, pero el plenilunio era tan claro, que no se echaba de menos la ausencia del día.

— Ahí tienes á Leandro entregado, sin duda, á sus dulces sueños de poeta, me dijo Francisco indicándome á un jóven que estaba sentado al pié del árbol de Arbieto, tan abstraído y meditabundo, que no notó nuestra presencia hasta que llegamos á su lado, y Francisco le saludó chancera y cariñosamente.

Leandro se levantó, se descubrió la cabeza y correspondió con mucho respeto á nuestro saludo.

— Tengo el gusto de presentar al Sr. D. Fulano de Tal uno de sus colegas, añadió Francisco.

Leandro se puso como la grana al saber quién era yo, y al ver que ante mí se le acusaba de poeta; pero no tardó en serenarse, porque yo hice lo posible para que así